

# Costumbres y tradiciones: tesoros capitales

*El alma habanera es, en buena medida, reflejo vivo de su patrimonio inmaterial*



Entre las tradiciones de indudable arraigo está el carnaval, la mayor fiesta popular del año. Foto: Leyva Benítez

{ Por Igor Guilarte Fong }

**N**o solo ostenta La Habana cariz universal por su posición geográfica, la originalidad de su arquitectura o ser asiento de prominentes instituciones; sino que sobresale por la peculiaridad de su gente y las expresiones socioculturales arraigadas, a lo largo de siglos. Es una ciudad seductora, coqueta, intensa, hospitalaria, efusiva, creativa, vital. Hay músicos, poetas y locos. Nacida y desarrollada en ese escenario único, el alma habanera es en sí misma reflejo de una cultura viva cimentada en la tradición.

Cuando se dice tradición, se piensa en el cúmulo de usos, costumbres, festejos y manifestaciones de la cultura popular que se han conservado y transmitido, de una generación a otra, sin perder su esencia, sistematicidad y pertinencia.

Resultado perfecto de las mezclas de erudiciones y hábitos, de razas y gentíos llegados desde los más diversos confines, son las costumbres haba-

neras, cuyas manifestaciones amplias y diversas refuerzan la identidad y constituyen una fortuna inmaterial. Ese patrimonio intangible aporta un valor excepcional a Cuba y todo el mundo. Aun cuando sería imposible citar 500 años de tradiciones, algunos ejemplos sirven para ilustrar.

Dicen que a quien da tres vueltas alrededor de la ceiba de El Templete se le concede el deseo que formule. Según la creencia popular en ese árbol se asientan todos los antepasados, los orishas, los santos católicos y espíritus diversos que nutren la fe habanera.

Es una de las tradiciones más acreditadas y coincide con los festejos por el surgimiento de la villa de San Cristóbal, el 16 de noviembre de 1519. Aquel día, a la sombra de una ceiba crecida en el lado noreste de lo que sería la Plaza de Armas, se celebró la misa fundacional y se constituyó el primer cabildo.



Cada 16 de noviembre, en recordación a la fecha fundacional de la villa, los habaneros dan luz a su fe.

Foto: Alexis Rodríguez



Proclamado Patrimonio Cultural de la nación, en 2014, el Cañonazo de las nueve representa un viaje al pasado en las noches habaneras. Foto: [habanaradio.cu](http://habanaradio.cu)

Cada año, la celebración comienza con una misa en la Catedral. Antaño se le llamó Misa del Mudo, pues sus participantes antes de ingresar al templo daban tres aldabonazos en las puertas para saludar al santo patrón y ya dentro guardaban silencio. Tras culminar la liturgia acompañaban la procesión del Cabildo hacia El Templete. Esta festividad sigue siendo un momento verdaderamente especial para que los fieles habaneros agradezcan los anhelos hechos realidad.

Noche tras noche, puntual a las nueve, un sonido inconfundible retumba en muchos rincones de la

urbe. Desde la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, personajes con atuendos, antorchas y tambores típicos de la época colonial, ejecutan la famosa ceremonia del Cañonazo. En ese instante, el público fascinado se remonta a tres siglos atrás, cuando la villa se metía en su cinturón amurallado para salvarse de los frecuentes ataques de corsarios y piratas.

Aunque el Cañonazo de las nueve ya no tiene la misma función de antaño, y ahora quizás solo anuncia el comienzo de la vida nocturna en la ciudad moderna, la detonación sirve para que los capitalinos verifiquen la precisión de sus relojes y mantengan viva una práctica antiquísima devenida símbolo y orgullo.

Entre las costumbres de evidente arraigo está el carnaval, la mayor fiesta popular del año. Durante varias noches veraniegas, entre el colorido del escenario abierto del Malecón, la cervecita fría y la alegría contagiosa, la concurrencia disfruta de los desfiles de carrozas y las distintivas actuaciones de comparsas como El alacrán, La jardinera, Los marqueses de Atarés, Los componedores de batea, Los guaracheros de Regla, La sultana y de la FEU.

#### PEREGRINACIONES Y RITOS

Asimismo, entre las más memorables costumbres habaneras están: pasear por el Malecón, el más largo banco del mundo donde se dan cita enamorados, pescadores y bohemios; compartir en la casa de un amigo, salir a cenar fuera, o comer en familia los días festivos; dar una vuelta por las tiendas así no sea para comprar ni ver vidrieras, sino para estar enterado de la última o saber “dónde hay”.

En la capital es frecuente colmar el Coloso del Cerro para disfrutar cómo juegan los únicos leones azules del mundo, aunque unos cuantos “aplatanados” van por el placer de verlos perder. También ir a tomar helado en Coppelia o asistir a los cines en días del Festival Latinoamericano, así cueste hacer colas de leyenda; y celebrar quince –sea niña o niño– y bodas sencillas o por todo lo alto, con sesiones de fotos y álbumes incluidos.

En casa, la gente gusta de la tacita matutina de café, dormir la siesta (si puede), escuchar la novela de **Radio Progreso** o seguir las que se televisan, ya sean cubanas o brasileñas, jugar dominó de doble nueve bajo un farol y en medio de la calle, mojarse con las primeras lluvias de mayo, baldear hasta la acera.

De lo más común es armar la “gozadera” en familia, incluidos los amigos que a su vez traen a los suyos. Y la fiesta no termina. Especialmente señaladas son las cenas de Nochebuena y vísperas de Año Nuevo, con su buen lechón asado, congri, yuca y dulces caseros, además de la sidra y, si es posible, las 12 uvas a la medianoche; porque al habanero, como al cubano en general, le gusta comer bien. Es bastante habitual que la fiesta del 31 acabe lanzando un cubo de agua para la calle o dando la vuelta a





El Malecón sobresale como uno de los espacios donde se cultiva la vida bohemia de la gran ciudad.

Foto: Leyva Benítez

la manzana con una maleta. En localidades como El Cano, Punta Brava, Wajay, Santa María del Rosario y Santiago de las Vegas, y en otras del país, se quema el muñeco que alude al año viejo.

Los más efusivos suelen tirarse las cartas o los caracoles, leer los horóscopos o la Letra del Año, consultar a los padrinos o echar mano a cuanto método adivinatorio le pase por delante, implorar a La Milagrosa en el cementerio de Colón, peregrinar a San Lázaro hasta El Rincón. Además, muchos no paran de hacer ofrendas para los santos en ríos, playas, al pie de una palma en la avenida y hasta en el barrio, aunque desluzcan la ciudad.

Otras de las muestras más genuinas del patrimonio inmaterial de la capital son los oficios que se heredan de abuelos y padres. Así sucede con los tejidos del guaniquiqui por la familia Calvo, en Cuatro Caminos del Cotorro, y de la caña de castilla en San Francisco de Paula, con la cerámica en Santiago de las Vegas y la fiesta de alfareros en El Cano, La Lisa, una de las más conocidas.

Por otra parte, pueden citarse tradiciones patrióticas con las que está muy identificada la población habanera como: flores para Camilo en el Malecón cada 28 de octubre, los homenajes a Mella, José Antonio Echeverría y a los mártires de Humboldt 7; así como la peregrinación hasta la Punta en tributo a los ocho estudiantes de Medicina fusilados en 1871, la Marcha de las Antorchas y las cantatas en la escalinata del Alma Máter.

Muy vinculado a La Habana está el origen del Día de las Madres. También, como evidencia de su amalgama cultural, se conmemoran festividades tradicionales de otras naciones con fuerte y arcaico asiento en la ciudad. Entre las más significativas figuran las sociedades regionales españolas, árabes,



La herencia africana está fuertemente entronizada en las manifestaciones socioculturales. Foto: Leyva Benítez

hebreas, italianas y chinas. Particularmente del centrohabanero Barrio Chino se han irradiado las frituras, las maripositas, los helados de frutas, el arroz frito, las combinaciones de vegetales con carnes y el Tai Chi, cuya práctica se ha popularizado entre los adultos mayores.

Por supuesto, hay tradiciones locales que reclaman una mayor atención, dado que en los últimos tiempos su conservación y continuidad corren peligro. Preservar y promover el patrimonio inmaterial de la capital cubana en sus distintas formas de manifestación, y sobre todo involucrar a las masas en ese propósito, significa robustecer la identidad y el sentido de pertenencia del habanero actual y futuro. Eso, sin duda, será a favor de esta ciudad maravilla, y de toda una nación.

